

BCNEGRA

Pierre Lemaitre afirma que con una novela negra no se gana el Goncourt

SERGI DORIA BARCELONA

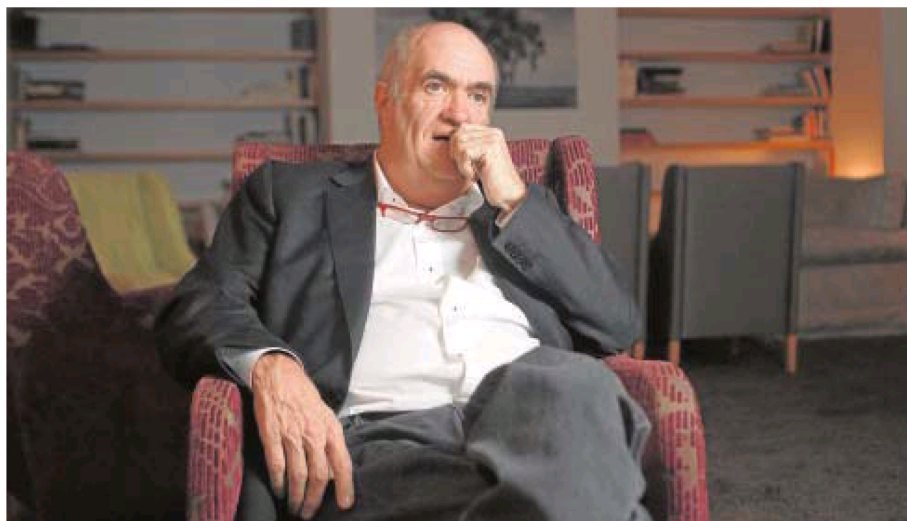
Les presentamos al comandante Camille Verhoeven: «Metro cuarenta y cinco de cólera», siempre «en el lado malo de las cosas». Así lo describe Pierre Lemaitre (París, 1951) desde que lo puso a investigar en tres novelas –«Irène», «Alex», «Camille»– que acabaron en cuatro –como los Mosqueteros– con «Rosy & John» (Alfaguara), una conjunción materno-filial que sembrará el terror en la capital francesa. En 2013, cuando publicó «Rosy & John» –novela que acaba de presentar en BCNegra en la Ciudad Condal–, el escritor ganaba el Goncourt por «Nos vemos allá arriba», una de las mejores novelas que hemos leído sobre la Gran Guerra.

Reconoce que «con una novela negra no ganarías el Goncourt. Nunca se ha dado a un autor de este género, aunque sí a novelas psicológicas, históricas... La serie negra sigue en el ostracismo literario», afirma. ¿Por qué? «Por dos razones, una justa y la otra injusta. La justa: es difícil encontrar autores de categoría, proliferan los mediocres. La injusta: Simenon fue un gran escritor: literario y policíaco».

Uno podría preguntarse por qué bautizó Verhoeven a su comandante. Lemaitre responde que «es un homenaje a la pintura flamenca, porque es muy literaria: ese arte de lo visible y lo invisible. Ese detallismo tan policial. El gusto por los personajes secundarios...». La novela nació para móvil. La pregunta por la presión de las entregas lleva a Lemaitre a invocar la tradición: «Mi maestro es Alejandro Dumas y me atrajo escribir folletín: episodios muy cortos acabados con suspense, ritmo minuto a minuto... ¡El experimento fue un fracaso! ¡Nadie lo leyó! Mi editor cumplía sesenta años y para celebrarlo recuperamos la historia en forma de novela... El thriller es el heredero de los folletines del XIX».

Cabe preguntar si con esta novela se termina Verhoeven. «Un personaje tiene un potencial narrativo limitado –afirma el autor–. Conozco escritores que siguen con el mismo protagonista durante diez o doce novelas. Yo no soy de esos. Los personajes se van agotando y te agotan a ti».

Sabemos que a Pierre Lemaitre no le gusta viajar, y le preguntamos si Google Maps le parece una buena solución para escribir sobre otros lugares hoy en día, gracias a la técnica. La respuesta es contundente: «No necesitamos Google. Verne no tenía Google. La ventaja de la literatura es que no necesita nada».



Colm Tóibín, ayer, en un hotel madrileño

ISABEL PERMUY

Colm Tóibín: «El sentimiento de orfandad no desaparece nunca»

► El escritor irlandés presenta en España «Nora Webster», su novela más personal

INÉS MARTÍN RODRÍGO
MADRID

Colm Tóibín (Enniscorthy, Irlanda, 1955) empezó a escribir a los 12 años, poco tiempo después de que su padre muriera. Lo hizo, en parte, porque no le gustaba estudiar, pero, sobre todo, porque tenía algo que decir. Entonces no sabía lo que era; se limitaba a bosquejar poemas mientras sus hermanas se afanaban en las tareas de clase, siempre animadas por su madre. Sólo ahora, casi cincuenta años después, el escritor irlandés ha descubierto aquello que trataba de decir. El misterio que encierra la escritura.

Y la respuesta es «Nora Webster» (Lumen), su última novela. Un libro de una belleza desgarradora (como todos los de Tóibín), donde la historia cotidiana de una viuda en un pueblo irlandés de mediados del siglo XX se vuelve extraordinaria a ojos del lector sin que, aparentemente, nada suceda, más allá de la propia vida. «Es mi novela más personal», confiesa el autor. Lo hace con la sonrisa bonachona de un niño grande cuya presencia eclipsa todo lo demás; sus ojos, acusos y encendidos, te miran sin intermediarios. Y el tiempo se detiene. Como en sus libros.

Sólo entonces te das cuenta de la importancia del pasado. Tóibín lleva toda su vida esperando escribir «Nora Webster», como la única forma de mantener

vivos, en su recuerdo, mediante la literatura, a sus muertos. «Te acompañan a lo largo de tu vida. Yo soy el único que sigue vivo y este libro es para ellos, por eso no quería terminarlo». En la novela sus padres son Nora y Maurice, un matrimonio que, tras veintiún años de convivencia, sólo se rompe cuando la fatalidad de la muerte irrumpe en sus vidas, partiéndolas por la mitad. Pero ¿cómo seguir viviendo? «Sencillamente no lo sabes, no hay un camino, sólo sombras. Es una pregunta tremenda y sólo el tiempo puede curar».

La mitad de tu rostro

Es cierto: Nora se cura. Hacia el final de la novela llega, incluso, a sentirse liberada; pero no de una forma dramática, sino casi imperceptible. Como tantas mujeres de la época. Los hijos, sin embargo, se quedan anclados a la ausencia (del padre, de la madre). «El sentimiento de orfandad no desaparece nunca. Es como si la mitad de tu rostro desapareciera, pero no te das cuenta, y nadie puede verlo». Hay días en los que, al faltarte esa mitad, ni siquiera te reconoces al mirarte en el espejo. Pero te das la vuelta y sigues viviendo. Y escribiendo. Como si en ello te fuera la respiración.

«En cierto modo, siempre le doy vueltas a la misma historia, al relato del abandono y la pérdida, como si fuera un perro que da vueltas alrededor de la

Nada de sermones

«En una novela no debes sermonear, porque puedes parecer un imbécil que está en la barra de un bar»

misma casa». En ese recorrido, Tóibín sufre, como todos los escritores, pero al final del camino, cuando llega a esa casa que se afana en rodear, se siente feliz. «Es bastante satisfactorio, uno no paga ningún precio. Estás totalmente alerta y, aunque sufras, la alternativa sería mucho peor». Lo dice con una obra tan sólida a sus espaldas que hay quien se pregunta por qué la hermandad de los premios está restringida a unos cuantos privilegiados (siempre los mismos). Pero esa es otra historia, mucho menos interesante.

Entretanto, el irlandés sigue escribiendo. «Después de «Brooklyn» (la adaptación al cine, con guión de Nick Hornby, se estrena en España el próximo 26 de febrero) quería hacer algo más intenso, con más carga dramática, y la historia me estaba esperando ahí». Se refiere a «El testamento de María», un *stabat mater* contemporáneo que recrea el sufrimiento de una madre (la Virgen) ante la muerte de su hijo y que Agustí Villaronga llevó al teatro con Blanca Portillo como protagonista. Tóibín reconoce que, después de eso, «tenía que cambiar porque, si no, uno empieza a parodiarse a sí mismo».

Por eso, el libro que ahora está escribiendo es «muy violento». «Ocurre en la antigua Grecia (donde el escritor ubica el origen del trauma familiar). El peligro que tiene un estilo como el mío es que se presta a la parodia, puedo llegar a ser muy perezoso y necesitaba un poco de locura griega». Lo dice riendo a carcajadas. «Hay que tener mucho cuidado con lo que se dice en una novela y no sermonear, porque puedes empezar a parecer un imbécil que está bebiendo cerveza en la barra de un bar», sentencia. Y vuelve a reír.